



Erasmo Zarzuela Chambi
"Tres gracias" Oleo 120 x 100 cms

Es un momento privilegiado, a menudo inscrito de antemano en el calendario en recuerdo de otro momento, al que conmemora ocasión primero de recogimiento, y, luego, de festejos. En nuestros días, los festejos tienden a prevalecer cada vez más. Por eso son con frecuencia un poco tristes u obligados, o lo serían de no ser por el alcohol "Una fiesta es un exceso permitido —escribe Freud— incluso exigido (Tótem y Tabú, IV, 5). Pero ¿qué puede haber más opresivo que un exceso obligatorio? ¿Qué más desmoralizante que una alegría programada? Felizmente, ¡la fiesta nos lo hace olvidar! También es la ocasión de volver a ver a los amigos, para lo que el azar y la amistad no siempre bastan.

André Comte-Sponville en *Diccionario filosófico*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
oruduende@yahoo.com

Domingo Faustino Sarmiento: Viaje a Francia

La Edad Media

Al oeste de Cabo, inmenso ramillete de verdura que llaman la Noriz de Tancarville está la aldea de Tancarville. En las inmediaciones de este punto delicioso, no lejos de Quillebeuf, vense sobre la ribera cabañas dispersas, con la gracia pastoril que presentimos en las novelas. En verano vienen de París centenares de artistas a abrir sus cabalotes en las alturas, para transportar al papel las campestres vistas de estos parajes. Más arriba, y dominando aldeas y cabañas, se presenta el antiguo castillo de los señores de Tancarville, en otro tiempo chambelanes de los duques de Normandía. Heme aquí pues en plena Edad Media: el castillo flanqueado de torreonas y alzado aún, asentado en la punta de una roca como nido de aves de rapaña; abajo el villorio de los siervos agrupado a tiro de ballesta, como rebaño que se estrecha para ser mejor guardado. Los Tancarville brillaron vanos siglos en batallas, liestas y tomos. Los d'Harcourt, otros barones feudales de la vecindad, se apoderan con las armas en la mano de un molino que aun se enseña, y que fue causa de una batalla dada en Lillebonne entre las gentes de ambas casas, hasta que sir Enguerrand de Mangny, ministro de Felipe el Hermoso vino a citarlos a comparecer ante el rey. De camino el del d'Harcourt sobre Tancarville y le vació un ojo de un puñetazo con el guante de hierro. Oída por el rey la demanda, se designó el campo y el día en que hablan de batirse en duelo. El rey de Inglaterra y el de Navarra presentes al combate pidieron al fin que cesase por no tener el dolor de ver perecer a ninguno de tan valientes caballeros, y el rey para acomodarlos hizo que al de d'Harcourt pagase a Tancarville cincuenta libras por su ojo tuerto.

Primera vista del gótico

A medida que se remonta el río las riberas se acercan, se agrupan las vistas, y las aldeas, y las cabañas, una ruina de este lado, una iglesia del otro, un recuerdo histórico a cada recodo del río, una leyenda a cada cresta de la montaña absorben al viajero, volviendo la vista de la derecha para no dejar escapar el paisaje que va y a dejar a la izquierda abandonando con pasar ese, vuelta la cara hacia atrás, para llevar los ojos al punto que ya tiene por delante. Con las casa de Vataville se confunden las de una serie de villorios. Quenoy, Neuville, La Rue, Le Plessis, L'Angle, que flaquean el río. No lejos aparece Caudebec con su iglesia gótica, cuyos rosetones, sante de piedra, pináculos, ojivas y mil columnillas apenas dejan ver en bosquejo el rápido vapor. Algo hubiera dado porque se detuviese en presencia de esta iglesia: la primera de la maravillosa arquitectura gótica que se me presentaba, y el todo encerrado en el paisaje más admirable, la villa misma colocada de un modo pintoresco, a la sombra de una montaña coronada de bosque a la embocadura de un vallejo y de un riachuelo que por varios brazos vienen a vaciarse en el Sena. La villa vesa con su espaldar de verdura, su torre de filigrana, sus terraplanes plantados de grandes árboles y sus casas blancas, cubiertas de flores y enredaderas, mirándose en el espejo del Sena, hasta el momento en que el vapor pasa, amigando su superficie, y levantando en pos una marea que va azotándose por malezas y yerbas en ambas márgenes, recargadas de poblaciones, jardines, botes y casas de campo.

Paisaje melancólico

Otro acto de la vida tan dramática de la Edad Media comienza aquí. Las abadías de los antiguos monjes, colocadas en parajes risueños en sitios privilegiados, van presentando sus ruinas, sus torres, sus pórticos aislados y desiertos, una en pos de otra. ¡Cuánta leyenda, cuántos sucesos terribles, o fastuosos cuentan estas columnas, y aquellas ojivas que dan paso a la luz del sol! ¡De cuántas revoluciones y de cuántos estragos han sido testigos y víctimas! He gozado sin hartarme de las sonaciones melancólicas que inspira el paisaje cuando alguna noble ruina alza su rugosa y descamada frente, cubierta de yedras seculares que quieren protegerla atando con mil ligaduras sus hondas grietas. En las noches de invierno cuando los últimos suspiros de la brisa de la tarde agitan dulcemente las paráfatas, si la luna logra asomar su disco por entre las pálidas nubes, me imagino que la oscuridad que no alcanza a dispersar, deja sospechar formas indacidas, imágenes confusas, fantasmas vaporosos; después la melancólica luz de la luna se refleja en los costados de aquellos arcos abiertos, dando relieve a los bultos de los santos de piedra, a las agujas y florones. El paisaje que pasa por las inmediaciones, aprieta el paso rellendo un Pater noster, tomeros, menos de sentir caer algún fragmento de aquellas piedras que nadie sabe cómo se llenan en el aire, que huyendo de oír los gemidos que otros le han dicho haber sentido salir de las tumbas que por todas partes pisa.

Las ruinas de la abadía de San Vandrille se ocultan detrás de algunas arboledas. En su refectorio y en su claustro de arquitectura gótica, en lugar de las oraciones piadosas de trescientos monjes que en otro tiempo la poblaban, elevanse al cielo bocanadas de humo o de vapor, el incienso de la industria, de las máquinas que hacen mover una hilatura de algodón. Sus alrededores estaban antes cubiertos de capillas, calvarios y oratorios que elevaban los peregrinos, atraídos de todas partes por las virtudes milagrosas de una fuente vecina que continúa aún corriendo, y cuyas aguas se venden hoy a medio la cántara; pues que el bien han dejado de hacer milagros, no han perdido su reputación de saludables.